

PROFESORES DESBORDADOS

Por Ana Cabeza Leiva

El título de este artículo se refiere a una realidad presente, en muchos casos en las aulas a día de hoy: los conflictos en las aulas, que llegan, en muchos casos, a convertirse en violencia pura y dura, y la falta de capacitación, de muchos docentes, de afrontar esta violencia y eliminarla.

Para abordar esta problemática deberemos ser conscientes en primer lugar que los conflictos forman parte de cualquier proceso grupal. No se trata de evitarlos, ni eludirlos, ni erradicarlos, si no de afrontarlos directamente o incluso provocarlos, es decir, sacarlos a la luz cuando son latentes.

El tema que nos planteamos es mucho más importante cuando trabajamos con adolescentes, puesto que ellos mismos están en una etapa de conflicto personal, esto les lleva a enfrentarse en sus relaciones personales, como forma de autoafirmarse.

Dada la falta de capacitación de muchos docentes para resolver conflictos en las aulas, sería interesante apostar por programas formativos que incluyan este tipo de cuestiones. Con ello, es de suma importancia que el profesor recupere su reconocimiento social, tenga autoridad y, por tanto, más armas para combatir situaciones de violencia en las aulas. Conflictos e indisciplina habrá siempre. Por eso, hay que restaurar la dignidad de los profesores dotándoles de las capacidades necesarias para hacerse respetar.

Es interesante y beneficioso evaluar, a través de la inspección y de las autoridades educativas, los distintos programas de prevención contra la violencia en las aulas. Si no se evalúa, se produce una relajación. En los países en los que se han

aplicado programas de prevención, con una evaluación continua, y existe una legislación clara al respecto, las situaciones de violencia escolar se han reducido notoriamente.

¿Qué se puede hacer desde las aulas para evitar que los docentes se sientan desbordados ante la violencia presente en las aulas?

En primer lugar, el profesor debe saber ejercer su autoridad desde el comienzo de la clase, ejerciendo un control del aula, evitando las faltas de atención, los murmullos y las distracciones generalizadas. Algunas estrategias en la formación del profesorado para conseguir mantener la atención de los alumnos, para motivarles, para involucrarles en su aprendizaje y en definitiva, para que el proceso de enseñanza/aprendizaje sea un proceso de calidad, pueden ser las siguientes:

Al comienzo de la clase, ante las primeras inatenciones, es conveniente mostrar una postura firme, no dejar pasar la situación, debe dejarse claro quien tiene la autoridad en la clase. En estos casos se debe evitar el típico rugido de *"¡silencio!"*, es decir, evitar imponer un liderazgo autoritario, pudiendo en cambio guardar unos segundos de silencio, o dar una o dos palmadas para que la clase permanezca en silencio. Frases del tipo *"veo que estáis hablando unos con otros, si tenéis alguna duda podemos resolverla entre todos, pero por favor, evitemos hablar unos con otros porque nos descentra a todos"*... pueden servir para crear un clima de atención y respeto.

Otra buena táctica para evitar murmullos y faltas de atención mientras se está explicando, puede ser hacer partícipes a los alumnos de la marcha de la clase, preguntando de modo intermitente a unos y otros sobre preguntas relacionadas con la materia a explicar. Ello servirá al profesor para asegurarse de que los alumnos están comprendiendo las explicaciones, y a los propios alumnos para permanecer muy atentos y saber responder a las preguntas del profesor.

Una vez conseguido que los alumnos centren su atención, antes de comenzar con la exposición de un nuevo tema, es fundamental hacer referencia a los conocimientos o ideas previas de los alumnos, de modo que éstos se conecten con el nuevo tema a aprender. Formular preguntas antes de iniciarse en una nueva explicación o recordar la clase del día anterior, pueden ser unas buenas tácticas.

Además, es fundamental mantenerles motivados. Para ello, un aspecto esencial es dotarles de aprendizajes significativos, aprendizajes relevantes, interesantes, temas con contenido variados, actividades que supongan un reto, funcionales, que sean fácilmente generalizables y transferibles a situaciones cotidianas.

No debemos olvidar la importancia que tiene la comunicación. El profesor ha de saber transmitir, llegar a los alumnos, ha de saber implicarse con ellos, comunicar. Mostrar una actitud de empatía, de escucha activa. Un profesor autoritario o demasiado permisivo no facilita una buena relación con los alumnos. Es necesario mostrar una actitud de colaboración, cooperación, escucha y comunicación.

Sería necesario fomentar en los alumnos determinados aspectos de Educación en Valores, tales como normas de convivencia y algunos aspectos de educación moral y cívica que pueden trabajarse en Educación para la Ciudadanía. Algunas estrategias podrían ser las siguientes: realizar trabajos en grupo sobre algún tema relacionado con buenas conductas dentro del aula: realización de murales, collages... y luego exponerlos en clase y colgarlos en la pared del aula para tenerlo siempre presente; buscar en prensa y revistas situaciones reales de casos donde se expongan conductas violentas y comentarlas en clase; filmar en vídeo situaciones donde se presenten casos de buenas y malas conductas; cuaderno donde se registren diariamente conductas que favorezcan/obstaculicen las normas de convivencia; reforzamiento positivo ante buenas conductas mostradas en el aula.

Se pueden utilizar estrategias específicas en el aula para trabajar la solución pacífica de conflictos:

- ❖ Role/Playing: Simulación de algún caso cotidiano relacionado con conductas que incumplan las normas de convivencia.
- ❖ Dilemas morales: Son breves narraciones sobre situaciones que encierran un conflicto de valores deseables para el alumno y que no ofrecen una situación única ni clara, obligando al alumno a reflexionar sobre la alternativa que considera más adecuada

- ❖ Clarificación de valores: Ofrecen recursos para construir valores. Los instrumentos que pueden emplearse son: frases inacabadas o preguntas esclarecedoras, ejercicios autoexpresivos, ejercicios autobiográficos
- ❖ Asambleas: Alumnos y profesores hablan de todo lo que les parece interesante para mejorar la convivencia y el trabajo.
- ❖ Inculcación: Basada en la creencia de que se dan ciertos valores universalmente aceptables y deseables y que han de transmitirse para que el alumno los interiorice.

Una forma de luchar contra la violencia desde la escuela es fomentando el diálogo, haciendo hincapié en trabajar en equipo, de forma cooperativa, estableciendo reglas claras de convivencia con la participación del alumnado en la selección de conductas susceptibles de castigo y en la sanción aplicable correspondiente, hablando abiertamente de los problemas de exclusión social y marginación, y animando al alumnado al debate para que no repriman sus emociones, sino que las canalicen por medios pacíficos. Los centros deben tener normas claras contra la violencia, con reuniones en las aulas en las que el alumnado discuta sobre las reglas de funcionamiento y se responsabilice de ellas y en las que se propicie una cultura de empatía.

En Educación Secundaria es frecuente que los problemas del aula se deban a conflictos de poder, imagen y supremacía de uno mismo ante el grupo, o a la necesidad de llamar la atención. Ante casos de conductas violentas o incluso antisociales, puede ser perjudicial adoptar la solución de expulsar al alumno o alumna responsable. “*Expulsado*”. Cuánta rotundidad y autoridad cabe en una sola palabra, y cuánta contradicción se establece con respecto a la palabra inclusión que tanto escuchamos en el actual Sistema Educativo. ¿Sancionar al alumno con una expulsión del centro o sancionarlo dentro del centro? Expulsar es excluir. Excluir es dejarle fuera del sistema educativo. Y no seamos ingenuos: proseguirá en su conducta fuera de las paredes del centro. ¿No es cierto entonces que la expulsión pasa por lavarse las manos

del asunto? Sancionar no es excluir, es mostrar que hay reglas de conducta para ser cumplidas, y que efectivamente se cumplen. Es poner todos los medios a nuestro alcance para corregir las conductas antisociales de un alumno, es enseñarle, mostrarle, hacerle sentirse responsable. Que en eso consiste educar y ser educado. Se debe hablar con quien tenga actitudes violentas, invitarlo a la reflexión, mostrarle las desventajas de su forma de proceder; pero además, se debe citar a los padres, para que sean conscientes de la conducta antisocial de sus hijos y colaboren con el centro educativo en medidas y soluciones que mejoren la situación de forma coordinada, tanto en casa como en la escuela. En este sentido el Orientador del centro tiene una importancia vital para averiguar la causa de las actitudes violentas, descartando problemas psicológicos o familiares, proponiendo soluciones y canalizando la colaboración entre tutores, familias y el propio alumno.

Pero de nada sirven las acciones escolares en este sentido si no se mantiene una disciplina coherente entre el hogar y la escuela. Mismos valores, formas de actuar y de resolver los conflictos. Educar no es decir sí a todas las exigencias de los niños, también es decir no, fijar normas y supervisar el cumplimiento de éstas. Ni la educación autoritaria, en la que el afecto brilla por su ausencia, es buena, ni tampoco lo es aquella en la que prima el todo vale, la negligencia. Los padres no son colegas o amigos de sus hijos, sino que son responsables de su educación, una obligación que en muchos casos los progenitores delegan en la escuela. Los padres de niños o niñas que muestran conductas violentas deben intervenir en programas de reeducación de sus hijos, programas que deben tener un seguimiento y una evaluación continua. Cuando en el hogar los padres educan a sus hijos entre gritos o incluso palizas, o entre los propios cónyuges resuelven sus problemas agresivamente, el niño siente que esa es la forma natural de expresar la disconformidad, de solucionar las riñas y peleas y entonces, imitando a sus mayores, reproduce esas conductas en la escuela y en cualquier ámbito social donde se desenvuelva.

Los niños y niñas viven a diario la violencia en el seno de su hogar, en las calles, con sus amigos, en los medios de comunicación o cuando juegan a videojuegos. Por lo tanto, es casi imposible que esas acciones queden alejadas de la escuela, donde

además se suman la falta de autoridad del docente, a quien desde el propio sistema se le ha privado de autoridad.

Es necesaria una atención e intervención precoz en este sentido. Desde edades tempranas es necesario educar a los alumnos en la resolución pacífica de conflictos, educarles en valores democráticos, solidarios, de tolerancia y de respeto intercultural en las escuelas, pero también debe hacerse llegar este mensaje desde los hogares. Deberá darse por tanto una alineación de los valores y actitudes que se trabajan desde la escuela con aquellos que promueven las familias.

Una gran parte de la violencia que existe en nuestra sociedad tiene su origen en la violencia familiar. La intervención a través de la familia es especialmente importante porque a través de ella se adquieren los primeros esquemas y modelos en torno a los cuales se estructuran las relaciones sociales y se desarrollan las expectativas básicas sobre lo que se puede esperar de uno mismo y de los demás, esquemas que tienen una gran influencia en el resto de las relaciones que se establecen, tanto en la escuela, como en las relaciones sociales.

Solo desde la alienación familia-escuela en cuanto a normas, principios y valores comunes, podrá avanzarse un paso más en la erradicación de la violencia y en la solución pacífica de los conflictos.

En definitiva, se debe trabajar con el alumnado tanto desde la escuela como desde los hogares, para que sean capaces de criticar las formas sociales injustas presentes en la sociedad, e idear criterios y normas de convivencia hacia un tratamiento justo de los conflictos de valor.

ANA CABEZA LEIVA